

ALFAGUARA

# Camila Couve

## Estampas de niña

Narrativa Hispánica



## Índice

Cubierta

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

Créditos

*Para Inés*

En la infancia antigua, esa que ocurrió allá tan lejos que me parece una imagen representando algo que me contaron, se ve a una niña, debo ser yo.

Supongo que es así, me reconozco por la ropa siempre tejida a mano por mi mamá, nada de jeans ni camisetas estampadas a la moda, nada que rompa con las reglas sociales del momento, no. Yo visto lana de oveja pura y virgen, para estar muy abrigada y libre de cualquier enfermedad que me lance a la cama con termómetro en la boca.

Mis juguetes son pocos, así lo indica la época en que nací: años de lucha por lo necesario, sin enredos de consumos masivos, sin cosas que estén de más. Un tiempo raro de acomodo entre lo primitivo y la violencia desmedida de una modernidad que atrae como a las polillas el farol encendido, pero que a los más viejos y sabios asusta de verdad. No hay quién la pare, llegará de todos modos a arrasarse con ideales y sueños, borrando ilusiones de igualdad y discursos de protesta por unos derechos que están ya escritos y declarados en otros lugares.

Mis juguetes son únicos, los puedo reconocer e identificar. Me han acompañado desde siempre y lo harán por mucho tiempo más. Son parte de mi diminuta familia. Tienen un rol fundamental en mi cotidiano, un lugar y un espacio específicos que son respetados por todos nosotros, aun cuando sería un consuelo dejarlos en cualquier sitio y a su suerte; pero no podemos, ellos reclamarían y nos sorprenderían con sus rostros indignados, tristes y ofendidos.

La leche viene en botellas de vidrio y se la encuentra mi mamá todas las mañanas en la puerta de la casa. La cocina aún no tiene un refrigerador.

Así, mi mamá recibe la leche a diario y en los días de calor óptimo del verano hace a la botella reposar desde su base de vidrio hasta la cintura en una palangana con agua fresca.

Y no se corta.



La televisión es una caja poco atractiva que mueve a personajes extraños y lejanos en blanco y negro, sin descanso. Solo la perilla del costado acaba por eliminarlos.

La cama es útil, la uso para dormir siempre, sin excepción. Es el elemento más grato de mi habitación: cuando tengo frío, cuando tengo sueño, cuando tengo rabia y pena, la cama está ahí para mí, sin cuestionamientos ni preguntas tontas ni insistencias dominantes.

Me arremolino, me acurruco, me escondo debajo de las mantas y finalmente me duermo, aunque sea rabiosa, cansada, friolenta o bañada en lágrimas.

En el jardín no hay columpios ni pelotas, ni bancos de arena, ni baldes, ni juguetes a cuerda tirados. En el jardín hay un parrón sin uvas, solo para la sombra de los veranos, y una pileta que bota agua desde la punta hasta la base, no para bañarse y divertirse chapoteando, sino para que el mismo picaflor de siempre entre aleteando en esas millonésimas ocasiones y sus alitas, suaves y verdes, puedan mojarse apenas, como en una danza coqueta, y así volver a zambullirse en el aire aguado una y otra vez.

El living se construyó para artistas y por artistas. Es el espacio más grande de toda la casa, está desierto de muebles, limpio de obstáculos: un diván sin respaldo cubierto con una manta de lana coloreada a rayas contra la pared del fondo, una chimenea blanca de cemento aclarada en cal y el suelo de adoquines marrón oscuro lustrados individualmente para una limpieza personalizada y exhaustiva, dedicada.

Ningún objeto en esta casa se asemeja a otras cosas.

Los muros de mi corta infancia son también austeros en adornos y completos en cuadros y libros. Los miro siempre desde abajo, desde mi corta estatura, y subo con ojos de pregunta eterna hasta la cima; no me dicen nada aunque sospecho algo tremendo en sus estanterías sin polvo.

Al otro lado hay un piano vertical que no suena porque nadie lo toca y un baúl inmenso en el último muro disponible, que algo misterioso contiene y que no llega a quitarme el sueño ni carcome mi curiosidad como para treparme a una silla y ver qué me depara el destino en su hueco interno.

El living es el lugar común que cada cual, mi padre, mi madre y yo misma, nos turnamos en secreto para creer que nos pertenece del todo.

A veces, mi papá se atrinchera en él arrastrando su cama y su escritorio, y por un tiempo indefinido lo hace suyo, extirpando al resto de los habitantes de sus dominios. Otras veces, cuando ya se cansa, vuelve cabizbajo a sus aposentos arrastrando todo otra vez; entonces entra mi mamá y construye en medio de esta sala un dragón de cartón piedra de dos metros de alto, bañado en papel maché, encolado en engrudo blanco. Es de temer, pero a mí nada de lo que ella toca con sus dedos perfectos me asusta y aun con su altura extravagante me fascina tener un dragón de visita en casa.

Para mí quedan las tardes eternas de danza, envuelta en faldones amarrados a la cinturita diminuta y giro y giro con los pelos enredados.

Es feliz esa niña extraña que no espera nada de lo que está por venir.

Es una caja de madera muy grande la que está en el pasillo contra la pared.

Sirve para sentarse y descansar camino a la entrada. Tiene unos cojines tejidos a telar con colores vivos.

Cuando mi mamá levanta la tapa, se ilumina el rincón donde duermen acurrucados los títeres de los cuentos. El Príncipe Valiente, la Bella y la Bestia, Rapuncel y la Caperucita Roja.

Del otro lado, en el interior, están bien ordenados los objetos que acompañan a los protagonistas en sus aventuras. Un caballito blanco, una torre de cartón y una canasta con manzanas brillantes por el barniz aplicado sobre la pintura.

Todos están hechos por las manos de mi mamá; sus rostros son expresivos, los ojos dicen muchas cosas y las cejas en arco les dan vida.

A veces, cuando me aburro, ella los saca de su lugar de descanso, estira con cuidado los hilos que los sujetan y, una vez fuera de la caja, se despiertan y comienzan a bailar. Mi mamá habla con otra voz, escondida detrás de cada uno, y se mueven libres por el suelo que apenas pisan.

El baño es un protagonista mágico, uno solo, el lugar privado de necesidades mundanas, pero para mí también es la magia que se representa en la tapita de una crema que mi mamá siempre abre escondiendo el mecanismo para sorprenderme. La toma en sus manos, gira levemente su cuerpo y se da la vuelta sonriendo con el frasco listo para dejar salir su contenido; yo alzo las cejas en señal de asombro cada vez después del baño matutino.

De mi curiosidad infantil por saberlo todo, la crema está exenta. Es la fascinación del momento en que todo puede ser algo por descubrir, imposible de entender.

Los dormitorios de mis padres son dos. Nunca están juntos en nada. Viven y conviven como si dos casas distintas y opuestas hubiesen sido construidas por el mismo arquitecto.

No se topan, no se enlazan, y sin embargo comparten el mismo pasillo y la misma puerta de entrada.



El portón de la calle tiene una aldaba metálica dorada que envejece con la lluvia. Para mí retrata un sentimiento contradictorio de libertad y resguardo: abierto es la vida más allá de mi mundo; cerrado es la tranquila protección de lo desconocido que empieza dos cuadras hacia la derecha y dos hacia la izquierda.

La calle principal es muy ancha. Mi madre me dice: tómame estos dos dedos para cruzar, mientras me los extiende.

Yo los aprieto con la presión justa, ni muy fuerte para que le provoque dolor ni muy suave para evitar que sienta que me puedo soltar.

Su mano entera no la puedo tener. Necesita apoyarse siempre en esos dos bastones de fierro que le permiten caminar. Llegamos al otro lado sanas y salvas.

De niña, la sensación que me queda en el recuerdo es que nada me sorprende. Las cosas son así en mi casa y en mi vida, no existe punto de comparación, ni con hermanos, ni con vecinos, ni con amigos; tampoco con imágenes de realidades virtuales que me expongan a inseguridad, envidia, falta o ansiedad incontenible. No, no me pasa eso, no me pasa nada, me pasan otras cosas que tras los años transcurridos puedo analizar de muchas formas, pero no me permito ahondar porque en el fondo ya sé lo que va a salir y no sé si quiero revisar.

Para el caso, las cosas fueron buenas y malas y en este punto siempre intento rescatar lo que de dulce se fue grabando en mi memoria; lo otro está ahí, no lo desconozco pero no lo traigo a pasear de junto, para qué.

El escobillón es rápido, mi mamá lo usa a diario y a veces, cuando la observo en la faena, ella se detiene, me llama y me hace subir a la base de madera que sujeta las miles de cerdas que llegan hasta el suelo. Me dice agárrate bien, de pie, en equilibrio y firme, mis manos en el mástil que me sostiene, mi madre pregunta a su marinera: ¿estás lista?, yo asiento y mis ojos miran los suyos que ahora se cierran y su boca canta, mientras me mece, adelante y atrás «Se va, se va la lancha, se va con el pescador, y en esa lancha que surca el mar, se va, también, mi amor».

Un vestido antiguo de mi bisabuela, color cobre y lleno de bordados en delicada transparencia, está guardado con cuidado en una caja de cartón. Yo lo saco de su lugar privilegiado y, como es grande, muy grande, con las tijeras de los trapitos para muñecos de mi mamá recorto lo que sobra, justo antes de la cintura; ahora me queda perfecto, ahora es mío y amarrado con un lazo improvisado me lleva en sueños a girar y girar sin parar por todo el espacio de baile de mi enorme salón vacío.

Soy una bailarina nata, soy la Margot Fonteyn, soy un trompo mareado y feliz.

La única Navidad que visualizo como una distinta es la que en puntillas, detrás de la puerta, observo. Una madre y un padre se besan fugazmente como conciliando una batalla en tregua.

Me sorprende, me gusta, pero me deja inquieta, no es lo habitual; lo normal es un grito ahogado de mi papá con ojos inyectados en ira y un rostro de mi mamá suspendido en el desconcierto.

Mi abuela me pasa a buscar, compra ropa nueva para mí, fuera las lanas, fuera los bototos calentitos. De vuelta, camino por la vereda sostenida de su mano enjorada. Mis ojos no superan el brillo de mis nuevos zapatos de charol negro; son dos luceros que avanzan independientes y orgullosos de su luz. Mi madre abre la puerta y aquí esta la niña: vestido amarillo, cuello almidonado blanco, calcetas de hilo atrapadas en el negro fulgor de taquitos en miniatura y, lo más importante, la virgen del Carmen en oro puro en mi cuello corona la imagen perfecta de quien no soy ni nunca seré.

El perro no es mío, es de alguien más, no sé, hay que cuidarlo mucho.

El encargo ladra y gime, echa de menos a quien lo ha abandonado.

El encargo no duerme, muerde todo lo que se pone por delante y su tamaño ya es antiguo; vino crecido, hecho, ya nada se puede hacer. Sin destino aparente, un día me levanto para buscarlo, para intentar lo imposible una vez más, enseñarle a quererme, enseñarme a quererlo, pero ya se ha ido.

No sé su paradero. No pregunto. Nadie dice nada. No puedo recordar su nombre.

Quedan los ladridos sueltos en mi mente, por ahí, de vez en cuando.



Las noches de terror húmedas son, en mi antigua memoria, una desgracia indigna. Cada vez que sucede me despierto desconsolada, corro a la cama de mi mamá que a tientas en la oscuridad me despoja de los pijamas sucios y fríos y con un solo brazo fuerte, que asoma por entre las mantas, me toma entera y me sube de un tirón. Me abraza contra su cuerpo tibio, me duermo enseguida, ya no hay nada que temer.

Para dormir en invierno colocan en mi habitación la estufa de la casa.

Es negra y alta y tiene un diseño hermoso recortado en la superficie. Pedacitos ausentes de metal se amplifican en el cielo raso y me ayudan a cerrar los ojos y franquear la oscuridad de los miedos.

Es tan linda y tan diferente a nosotras. La amiga de mi mamá viene de muy lejos, de un país con mucho calor. Esboza una hermosa sonrisa que destaca sus dientes blancos en contraste con su piel mate que brilla como las aceitunas y bajo una frente amplia aparecen unos ojos pardos que se ríen solos.

Tiene un nombre extraño. Cuando la llamo lo repito dos veces más y suena como una campanilla en mi oído.

Sus dedos largos y finos toman un pincel muy delgado y, junto a mi madre, las dos sentadas en la mesa del comedor, concentradas, seleccionan con cuidado unas piedrecitas de río.

Las ha traído ella en una bolsa de tela roja con rayas amarillas.

Escogen las planas y las apartan. Las más redondas también son agrupadas en otro lugar.

Mientras conversan, ríen y el sol de la tarde ilumina la mitad de la mesa, dan comienzo a una tarea divertida: pintan con detalles diminutos y colores vivos las piedras escogidas.

Yo observo fascinada. Ahora tienen vida y se llaman todas de distinta manera; a mí me ha tocado una chinita.

Mi papá esta enojado con mi mamá. El motivo no lo sé. Está gritando muchas palabras que tienen un feo sonido.

Ella está encerrada en el baño mágico, el mismo que un día nos ofrece su ventana para escapar a una libertad.

Como no responde y no abre, él se desespera y de un puñetazo abre en la puerta un hoyo del tamaño de su puño. Para repararlo, mi mamá aplica todo su ingenio y a cambio de llamar a un carpintero y quedar en evidencia, prepara un trozo de cartón de la misma medida del desastre y lo clavetea por dentro y por fuera. Así queda para siempre, y quienes regularmente o de vez en cuando nos visitan no preguntan y no quieren saber.

La muñeca nueva llegó ayer. Me espera sin envoltura sobre mi cama apoyada contra el respaldo, como si supiera que ese es su lugar preferido.

Es hermosa, es de porcelana. Su piel blanca, sus cabellos negros, su collarcito de perlas ceñido al cuello y su vestido de tul la delatan: es la Blanca Nieves. Mi papá sonrío y se divierte con ella, más que yo.

La compra para mí y para él.

Los damascos del jardín están tirados por todos lados, algunos reventados en el suelo. Cubren todo, la base del árbol y más. El verano avisa su fin.

Mi papá adora los damascos maduros y dulces. Se lleva uno entero a la boca y sonríe satisfecho, pero en un segundo su rostro se transforma y escupe indignado.

La boca está poblada de hormigas negras que huyen despavoridas.

Bajo una lluvia de trozos de platos sueltos, mi padre alega y ruge no sé qué. Está descargando las municiones para su propia guerra que no acaba nunca. Yo escucho silenciosa la odisea de furia y estallidos de los pequeños fragmentos de loza blanca que se azotan sin descanso contra la pared. Entonces no sé qué fuerza poderosa me invade y en puntas de pies salgo al pasillo donde ocurren los hechos; alcanzo a rescatar dos de los platos que quedan y los escondo en el fondo de mi ropero. Rápidamente, mi padre voltea y me obliga a devolver el botín. No lo contradigo, no conviene, lo que corresponde es dejarlo terminar con su tarea agotadora e infructuosa.

Rendida, entrego la mercancía como a un sicario bien entrenado y cierro los ojos antes de escuchar los dos últimos porrazos de violento estruendo. Se ha terminado. Ya está satisfecho. No queda ningún plato. ¿Comeremos en tazas?

No le ha gustado. No le gusta. Definitivamente no siente el logro.

Es grande, casi de su tamaño, pero no cumplido el objetivo prefiere hacerlo desaparecer, intentando borrar lo que nunca debió salir de su cabeza creadora.

Con los brazos estirados y manteniendo el equilibrio, lo toma del bastidor abrazándolo y lo lleva afuera.

El cuadro está contra el muro del jardín y arde en llamas que alcanzan el cielo. Es un fiasco.

Está decepcionado con esta pintura y así, fresca todavía, acaba con lo que su mano de artista no puede hacer.



Ha nevado. El jardín ahora es blanco.

Mi mamá se emociona, yo no entiendo el efecto. Me cubre de pies a cabeza con más lana de la habitual, casi no puedo moverme. Me contagia su entusiasmo, quiere que yo viva todas las cosas nuevas para que nunca las olvide. Salgo con permiso al patio entero cubierto. Juego con mis manos que visten guantes de lana, intento agarrar esta cosa blanca y helada y se escurre. Quema los dedos que ya no son míos, de la risa al llanto en un segundo.

Mis lágrimas la asustan, me entra rápidamente, me frota con la toalla, me enreda en la manta, me abraza y sopla suave mis manos azules. Ya pasan el frío y el miedo.

Ahora, protegida de esa masa rara, la nariz pegada al vidrio, la observo y empieza a derretirse.

Soy tan pequeña que me cuesta saber si ya tengo algún derecho sobre algo que no sea solo jugar.

Él es un hombre suave, sereno, muy alto y delgado. Su flequillo largo siempre termina opacando sus dulces ojos pálidos. Me quiere, yo lo sé, es decir, lo puedo percibir. Vive con nosotros desde hace algún tiempo, no sé por qué. Supongo en mis pensamientos concretos que no tiene un hogar donde quedarse. Ayuda en todas las tareas de la casa.

Es gentil y silencioso. Intenta, a mi juicio, ser invisible, y sin embargo ahí está con todo su cuerpo, vivo y respirando, circulando por pasillos y salones, aunque a alguna hora determinada, que nunca es la mía, él desaparece hacia una de las habitaciones de la parte trasera de la casa. Es amigo de mi papá, no de la familia.

Una tarde cualquiera, camino por el pasillo hacia el baño y ahí, en medio del trayecto, me toma suave y firme por los brazos, me sujeta ligeramente y me apoya contra la pared blanca encalada. Se agacha hasta el nivel de mi frente y me dice lentamente, con la voz ahogada en una semisonrisa dibujada entre la culpa y los sueños, que él siempre me quiere bien, que él quiere que yo sepa que cualquier cosa que suceda, él siempre me quiere bien, vuelve a decir. Entonces me suelta, suavemente otra vez. No hay violencia encubierta, por el contrario, su mirada es sincera, aunque su vida sea un caos que se enreda entre mis padres.

Un llanto pequeño y ahogado se escucha detrás de la puerta prohibida; es la habitación de mi padre, lugar sagrado. Tengo órdenes de no entrar nunca. Pero el llanto me llama. Camino decidida y abro con alguna excusa.

Acurrucado como un hermano menor, mi papá se estremece en soledad.

Levanta la vista y me ve, rápido suelta: es un dolor de muelas.

El escritorio de mi padre es especial. Todo está ordenado y en su lugar. Nada convive al azar encima de este mueble. Una vez me acerco despacio.

Él está escribiendo, concentrado, ni siquiera nota mi presencia. Mis ojos siguen las líneas que escribe. Pronto termina. Toma una barra dura y roja, prende un fósforo y calienta su punta. Comienza a derretirse y rápidamente la planta al final de la hoja con esmero; otra vez la levanta rápidamente y queda la hoja con una mancha viscosa y deforme. Toma con los dedos aplicados un objeto pequeño y precioso con mango de marfil y lo presiona con fuerza contra el lacre.

El resultado es milagroso: AC.

Estoy invitada a pasar un rato de risas y juegos en la habitación de mi padre. Está de buen humor. Su rostro se expande en una sonrisa acogedora. Prende la televisión y, en los mismos no colores de siempre, están dando una teleserie que lo hace gozar. Analiza los exagerados gestos de la trama, *Lucía Sombra*, y aunque por momentos se burla, la historia lo conmueve y no le quita los ojos a la pequeña pantalla.

Penélope ya no está. Se ha escondido en algún lugar remoto del jardín, para siempre. La echo de menos; es mi mascota, una tortuga de tierra lenta como los días de la semana en el colegio.

El golpe es fuerte y seco y está en la cocina. Corro a ver. Mi madre yace en el suelo y aun así me sonrío, me quiere tranquila, sin espanto, sin miedo. Me acuclillo a su lado, intento tomar su cabeza pero es enorme y pesada, mis manos son diminutas e inútiles. Me dice despacio: anda a llamar a tu abuela y dile que venga. Es una orden clara y precisa, sin adornos. Un hilo caliente aparece debajo de su cabeza herida y tiñe la baldosa blanca del suelo.

Cumplo con la orden, cruzo la calle, mi abuela acude.

Muchos años después le pregunto por qué. Con el rostro cubierto en vergüenza, mirando con distancia los aparatos ortopédicos en sus piernas, me confiesa que ese día pensaba frenéticamente en unos zapatos de tacón color rosa de la tienda de la esquina.

Mira ahí, mira allá en el pastizal; están todas juntas, son vaquitas.

En cada viaje al verano mi mamá quiere que registre para siempre la naturaleza que no existe en la ciudad.

La carretera es larga. Afuera, los árboles corren por la ventana y las vacas son figuritas recortadas, todas iguales, todas una sola.



No te muevas, por favor. Es solo un momento. Espera. Pero yo no quiero seguir, estoy incómoda, siempre la misma postura, siempre el mismo atuendo. Yo quiero salir, correr.

Solo un poco más, ruega mi madre a su modelo, la escucho desde atrás del atril. Su voz me conmueve; ¿qué quiere de mí?, ¿volverá a crearme con sus manos para que no me desaparezca? Finalmente me levanto de un salto, la silla se tambalea. Ella baja el pincel y me observa con ternura. Paso rauda frente a la tela, se parece a mí.

Hoy es mi cumpleaños, mi día distinto. Mi mamá convida a unas compañeras de colegio a pasar la tarde de festejo.

Pinta las tarjetas de invitación una por una, escribiendo fecha y dirección entre suaves tonos de acuarela que muestran a niños jugando.

Ya estamos todas y ninguna escucha a la otra. Hablamos, reímos, gritamos y nos movemos al mismo tiempo.

Inventamos un juego; correr en un circuito alrededor del muro que separa el living del pasillo de entrada, pues tiene dos puertas, una en cada esquina.

La idea entusiasma a las amigas. Mi mamá pone una condición: un cojín tomado con fuerza en las manos de cada una, para atenuar el golpe por si alguna tropieza.

Aceptamos divertidas, para nosotras supone un desafío correr con algo en las manos.

La carrera comienza, corremos a toda velocidad, somos un círculo en cámara rápida. Mi mamá nos vigila desde el comedor. Aparecen y desaparecen, entre ambas puertas, trenzas, volantes de vestidos, y se oyen gritos entre risas y exaltación.

En la tercera vuelta, mis zapatos nuevos se resbalan sobre los adoquines lustrados, voy a dar al suelo de cara y mi instinto primario no me acompaña.

Aterrizo con la boca, mi cojín cae al compás de mi llanto, un poco más adelante, y rebota.

Despierto y ya es otro día claro. Estoy en la cama de mi mamá. Cerca de la puerta mi uniforme cuelga ordenado en una silla, a la espera.

Ella busca somnolienta la pequeña radio a pilas en su velador, se ha quedado dormida, el despertador no ha hecho su habitual sonido.

Se incorpora entre las sábanas y se lamenta de que yo pierda un día de clases.

La radio emite unos ruidos extraños de interferencia, ella gira y gira el pequeño dial y de pronto una voz plana, masculina, aparece severa comunicando una lista de órdenes a cumplir que se repiten una y otra vez en medio de la transmisión convulsionada.

Los bandos militares que se oyen sin parar dan mucho miedo.

Mi madre deja el aparato cerca de mí, su cara se transforma horrorizada y repentinamente solloza sin pausa.

Llega en ese día perturbador, en un tiempo gris de la ciudad, en un día de lluvia ligera. Es muy pequeño y está entero envuelto. Su madre lo entrega y desaparece corriendo contra las horas que se acaban. Mi mamá lo recibe y lo sostiene. Lloro y pataleo, tengo hambre. Es la primera vez que alguien más pequeño que yo está en esta casa.

Todo el día pasa mi mamá al cuidado de él. Su piel es suave y dorada, sus ojos chinitos botan lágrimas sin cesar. Se queda dormido, quizás cansado de tanto alegrar.

Antes de entregarlo para siempre, mi mamá quiere cambiarle el pañal, pero no tiene otro nuevo y limpio; entonces improvisa y con gestos de coordinación perfecta, reemplaza la muda con un paño de cocina recién planchado.

Así parte en los brazos de su madre verdadera la noche del mismo día hacia algún país.

Otro día vuelve y años después es un hombre envuelto en pancartas de promesas políticas y futuros modernos.

La casa de mis abuelos está en penumbra, una vela blanca parpadea sobre la mesa del comedor. Estamos todos juntos. Se inicia una tarea extraña envuelta en murmullos que yo no comprendo, pero me incluyo en la faena.

Desde el dormitorio de mi abuelo, cada uno de nosotros acarrea en las manos una pila de libros viejos.

A mí me pasan unos pocos. De dos en dos llevo los tesoros escritos hasta el living y como en un ritual secreto dejamos al borde de la chimenea encendida nuestro aporte recolectado.

Es mi abuela la encargada de cumplir con el papel de verdugo. Uno a uno los toma en sus manos y, con determinación y los ojos llenos de lágrimas, los lanza al fuego que enloquece y se alza en una sola lengua ardiente por el hueco de piedra que lo yergue hasta el techo.

No hay un diálogo habitual, no hay posturas corporales rutinarias, solo un silencio opacado. Todo parece ser un acto excepcional y horroroso que no se repite.

Los primos cercanos se van a otro país; esta época lo exige. Muchos más se están yendo lejos, más allá de la enorme cordillera.

Yo me quedo, no por valiente, creo que porque yo no decido nada.

Quedarse es lo que toca, pero los extraño mucho, sin hermanos ni antes ni después, los primos están en primera línea, lo más cerca de poder jugar y pelearse, de reír y llamarse.

Un año entero y todos sus meses estoy esperando que vuelvan cuando en esa edad son eternos y no se dibujan de forma lineal, unos primero, luego los otros.

Como un perro que aguarda a su amo sin saber que nunca aparecerá, así espero ese año interminable.

Mis abuelos ofrecen un pasaje pagado para una visita al otro lado del continente. Ellos se encargan de todo, me llevan, me regalan unos días de reencuentro con los hermanos sin sangre, pero mi papá es orgulloso y yo no cuento en la decisión de la alegría. No voy, me quedo, y no me entero sino hasta diez años después. El sentimiento es extraño, una rabia antigua que ya no puedo deletrear y que se queda atrapada en mi garganta con una década de distancia.

Siempre existen cosas que no puedo perdonar y que cuesta recordar porque retroceder a ese tiempo es tan imposible como enfrentar las decisiones de los que me crían a su antojo.

¿Tiene sentido tejer una trama de botones amarrados al cuello para saber cómo podría haber sido?

Sentada en la sala de clases, una más del grupo, escucho algo nuevo e incomprensible en otro idioma.

Intento concentrarme para rescatar algo, pero la ventana que da al patio del colegio es muy atractiva, me lleva por senderos de cuento, me dice cosas de verdad nuevas y me recuerda otras antiguas. El profesor repite e insiste con un temple insospechado para mis cortos e ignorantes años; de pronto la puerta se abre, entra la inspectora, se acerca al profesor interrumpiendo su discurso y entre dientes suelta algo que nadie distingue, solo yo puedo ver con los ojos cómo mi apellido se desliza desde su boca en medio del mensaje. El profesor me dirige la mirada y la palabra y me explica, algo molesto, que mis padres me esperan en la entrada porque tengo hora al dentista. Tomo mis cuadernos, mi bolsón y salgo extrañada, pero confío, no puedo no hacerlo, soy una niña.

A lo lejos, diminutos y de pie, juntos en la amplitud solitaria del patio principal, mis padres sonrían, me sonrían. Corro a abrazarlos y mi papá, en un gesto de secreto escondido, se agacha y me dice al oído que nos vamos al cine los tres a ver *Fantasia* de Walt Disney, recién estrenada.



El colegio se me hace siempre cuesta arriba. No soy una alumna buena, soy más bien mediocre, en medio de una vorágine de aprendizajes de alto rendimiento.

Yo tengo los pensamientos suspendidos en otras realidades.

Estoy concentrada en la relación con mis compañeros, en la creación de nuevos juegos, en las historias sin fin de las tramas enredadas propias de la edad. Estoy absorta en crecer, una tarea casi imposible pero que sucede a pesar mío.

Todo lo académico es un jeroglífico indescifrable para mi soñadora mente. Me va mal siempre, pero tengo tantos amigos que vale la pena volver al lunes siguiente.

En uno de los cursos arriesgo repitencia. Proponen a mi madre preparar un examen durante todas las vacaciones; claro, nadie me consulta si estoy dispuesta a perder mi verano de luz enterrada entre cuadernos en francés. Ella acepta y se aplica al menos las dos primeras semanas, con una tenacidad férrea, pero al cabo de un mes observa mi tristeza sentada a la mesa, sin entender nada por mucho que se repitan las frases. Y me deja libre para salir a jugar, a gozar, a crecer como pueda.

Llega marzo y, antes del comienzo del año escolar, todos los alumnos en situación de condicionalidad que rinden el mismo examen están sentados en una sala a la espera de la condena.

¿Quién lo logrará?, nos preguntamos mirándonos en silencio.

Nos facilitan una hoja mimeografiada que desprende un olor a tinta fresca tan agradable como embriagador. Afuera, mi mamá espera de pie en medio del patio, otra vez enorme y solitario.

Nos dan la orden de comenzar, corre el reloj, una hora, ni un minuto más. Advierto que no tengo lápiz de grafito, indispensable requisito para la acción. Pido permiso para ir en busca de uno; rápido, responde el profesor que supervisa el evento. Salgo, corro hacia donde espera mi madre.

Mamá, no tengo lápiz. Me mira con ternura y en el último suspiro de mi frase me pregunta: ¿quieres repetir? Sí, contesto sin vacilación ni remordimiento.

Y nos vamos caminando, cabezas en alto, con la dignidad de nuestro lado.

Me lo regala una tía, brilla y suena: un dije mapuche plateado como prendedor. Nunca he tenido una joya, exceptuando la medalla de la virgen del Carmen que ha desaparecido misteriosamente. Lo llevo al colegio para lucirlo contra la orden de mi madre.

Salgo a recreo y lo dejo olvidado en el pupitre. De vuelta en la sala, mi dije no está. Una compañera lo lleva prendado con orgullo y dice que es suyo.

Estoy indignada porque es mentira. No quiere devolvérmelo; insisto y amenazo con denunciarla, pero nada la convence, el brillo plateado puede más.

Desesperada por la pérdida y las consecuencias, le propongo un juego: hoy estoy de cumpleaños y tú, mi mejor amiga, me regalas eso que tienes ahí. Pasan unos segundos y sorpresivamente la joya vuelve a mis manos. La miro desconcertada por el éxito de mi trama y agradezco su regalo.

Mi colegio francés tiene como actividad deportiva principal, incluida en su formación, los juegos de invierno. Todos los años, cada curso con su profesor jefe sube a la montaña por dos semanas y aprendemos a esquiar; hay premios de primer, segundo y tercer lugar.

Es una convivencia única y maravillosa el poder escapar de los libros de ciencias.

Por las noches nos reunimos todos en la sala más grande de la cabaña asignada y vemos una película de dibujos animados: *Oum, Le Daufin Blanc*.

Estamos en el suelo en pijama y la oscuridad de la sala nos deja inmóviles frente a la pantalla y sus destellos, con los movimientos de este delfín que canta.

Cerca, en un silla, sentado, el profesor de gimnasia me llama. Me pide que me sienta sobre sus rodillas. Yo obedezco, lo conozco desde siempre.

De pronto, su mano tibia comienza a deslizarse bajo mi camisón y, antes de subir hasta donde quiere llegar, me lanzo al suelo y me quedo muy quieta debajo de una mesa. No puedo ver la pantalla, no puedo mover un músculo.

El delfín canta y yo me lo imagino.

El camión está estacionado afuera, con el motor apagado. En todo caso son muy pocas nuestras pertenencias.

Mi mamá espera pacientemente a que mi padre no esté.

Antes, mientras él no acaba de salir, enrolla en una sábana toda nuestra ropa y la lanza por la ventana del baño mágico. Es una bola blanca que cae al suelo en silencio.

Luego llega el momento. Salimos por la puerta en ausencia de su persona.

El camión enciende el motor; yo me subo atrás entre una cómoda, la pata de una cama y la bola de tela que sujeta mis atuendos de lana de oveja, y partimos hacia otro futuro incierto.

La casa nueva es más pequeña y el salón está ocupado casi por completo por un piano de cola de mi tío que lo guarda ahí, no sé por qué.

El jardín es un desastre, está triste y desteñido. Los pastos crecieron demasiado y nadie los riega. La imagen aumenta mi desolación, aunque siempre confío en esta mamá fuerte y guerrera que no olvida mi leche tibia con chocolate cada mañana.

Al poco tiempo de llegar, decide inspirarme y enseñarme el temple de acero del que está hecha, porque desde niña camina con las piernas envueltas en fierros pesados que cada noche descansan callados y escondidos bajo su cama.

Me invita a jardinear y limpiar la tierra de raíces y pastos reseco para darle color y vida con nuevas flores compradas en la feria.

A mí me encanta la idea y como está programado, a pesar de que cae una lluvia torrencial, no suspendemos ni retrasamos la tarea.

Curvadas, cabeza abajo, una pequeña, la otra adulta, en línea, despejamos la tierra y recogemos el agua del suelo una y otra vez.

El riesgo es grande, los fríos vendrán y los estornudos no perdonan, pero en ese acto somos dos luchadoras contra viento y marea en la vida nueva que quiere nacer.

Y acabamos de sellar nuestro destino.

Suena por toda la casa. Su voz que se pasea en otro idioma. Roza los muros y se desliza por el suelo. La melodía es preciosa. Su boca canta en francés, su rostro lo puedo ver sin mirar.

Todas las tardes mi mamá entona bellas y ensoñadoras canciones de Barbara.

Y yo estoy en un rincón del patio de atrás, con mis muñecas sentadas, bien alineadas, ofreciéndoles tortitas de barro casi perfectas.

La vecina nueva, la que vive al lado, es muy distinta a mí. Aunque en realidad soy yo la nueva vecina.

Su pelo negro azabache y liso está colgando de un lazo primoroso hasta la cintura y deja a la luz, cada vez que se voltea a mirarme, un destello que me hace enmudecer. Su carita redonda y siempre limpia con una sonrisa permanente, quizás por lo tirante que tiene cogido su cabello, me deslumbra.

Nos hacemos amigas en un instante y colabora la reja que separa las dos casas, pues nos llega hasta la cintura. Estamos casi en un mismo terreno.

La invito siempre a jugar en mi jardín y a hacer maravillas culinarias con agua y tierra.

Un día me dice que no puede. Me dice que sus padres no la dejan. Su sonrisa se estrecha en una pequeña mueca de desdén, pero sus ojos húmedos me cuentan otra cosa.

No quieren que juegue con esta vecina que lleva el pelo suelto, ropa de lana y una madre con muletas que se acaba de aventurar sola en la vida.



Los fines de semana quedan para él. Cada sábado al mediodía yo cumplo con mi parte en el trato de los dos. Me recibe con sonrisas y sin abrazos.

Sobre el piano hay seis vestidos de verano; todos hermosos, todos distintos, todos son para mí.

Me sube a la silla del piano y me alza los brazos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis: todos me quedan bien.

Los fines de semana también vamos al cine. Siempre hay una película que pasan una y otra vez en los rotativos del centro.

Mi papá compra las entradas y en la puerta está el hombre que corta los boletos. Me mira atentamente, mira a mi padre y le dice que la función es para mayores de catorce años. Yo no cuento con ese tiempo, mi padre insiste que ya tengo la edad suficiente. Pero el hombre no cede. Entonces mi papá me mira serio e inesperadamente me pregunta en qué año nací, para dejar en claro que tengo derecho a la proyección prohibida. Me paraliza un momento eterno, trato de calcular, pero mis matemáticas son lejanas, son imposibles; entonces improviso: suelto un año al que le sumo otros más pensando que así soy grande en un solo cálculo.

El hombre sonrío y mi papá se molesta: cómo es posible que no sepas calcular para ser mayor.

El fracaso me acompaña, aun cuando en un café cercano un trozo de torta tan grande como mi decepción aparece frente a mí.

Hoy vas a conocer el metro, sentencia. Pero el brillo azul de sus ojos media luna me deja inquieta. Sostiene una sonrisa cerrada, apenas visible, una sonrisa seria. Voy de su mano, entregada, voy a jugar, voy a creer, voy a conocer el metro.

Compra los boletos. Caminamos por el andén. La estación es gigantesca, con arcos de fierro forjado que terminan en punta como la cúpula de una catedral.

No pregunto nada. Nos acompaña el silencioso bullicio de los transeúntes.

Una vez sentados yo escojo la ventana.

Parte con mucho ruido; no me extraña, aunque algo he escuchado sobre el nuevo tren subterráneo y su andar sigiloso.

Llevamos casi veinte minutos de trayecto. Papá, ¿adónde vamos? Espera, me dice con una agitación que no lo deja sostener la mirada. Se mueve de un lado al otro en su propio asiento, me observa, me vigila, teme que el viaje se me convierta en miedo, y entonces me dice: ya vamos a entrar al túnel, espera un rato, verás cómo todo se oscurece.

Pero eso nunca sucede, me quedo dormida después de tanto pasto y colinas afuera.

Cuando despierto, huele a mar, a arena mojada, al aire salpicado de la playa.

Él me está esperando de cerca con su cara y una feroz carcajada: ¡estamos en Viña del Mar! ¡Este no es el metro! Es el tren a Viña, y ríe feliz por la hazaña.

Mi desconcierto lo debilita. Su broma no está a la altura de mis sentimientos. Entonces nos bajamos y para reparar tan absurda travesía me compra una manzana acaramelada.

Las zapatillas me están muy justas y el elástico que las rodea aprieta fuerte mis tobillos, pero el baile puede más que el sufrimiento para lograrlo.

Me aguanto y me acostumbro. Soy la mejor, la profesora lo sabe, yo también, pero me hago la inconsciente y doy todo de mí.

El tutú me acompaña en los giros casi perfectos en mi mente, soy una bailarina que destella, que arranca en saltos y en puntas de piernas extremadamente estiradas. Mi cuello largo colabora sin darse cuenta; soy un cisne blanco, no un patito feo. Me desplazo por el salón y me deslizo a mis anchas con una confianza que nunca encuentro en la sala de clases.

La música del piano que acompaña suena sin descanso, bailo y transpiro, me agito, bailo entregada por entero como una profesional de diez años.

El camarín huele a madera barnizada y las medias son color rosa. Pongo especial cuidado al momento de vestirme, es tan importante como el giro en escena. Después de un año de arduos ensayos, se aproxima el final del curso donde, en una coreografía clásica de ballet, soy la flor principal. Todo está preparado: mi malla rosa, mi tutú y mis zapatillas nuevas que debo ablandar durante unos días antes del acto final.

Estoy tan nerviosa... Vendrán todos los padres; bueno, quizás todas las madres. No se sabe, en mi caso sí lo sé.

La tarde anterior a la presentación, mi mamá cose sobre mi cuerpo y da el último toque para que el tutú quede perfectamente incorporado a la malla como una sola pieza. De pronto, volteo bruscamente la cabeza hacia atrás, se vuelca todo, me desmayo, rígida, con los ojos abiertos, me relatan después los que me ven. Sueño un sueño largo en colores vivos, de autos a toda velocidad por un circuito de carrera. Despierto con sollozos entrecortados, estoy desorientada, no sé qué sucede. Mi mamá tiene el rostro despavorido, llaman a una ambulancia, yo no entiendo nada. La bailarina vestida de gala llega al hospital más cercano. No es un simple desmayo; la rigidez de mi cuerpo pequeño, la vista abierta y perdida, indican otra cosa. Entro en un laberinto de exámenes consecutivos y rápidos. El resultado no es nada alentador, es un miedo que queda instalado para siempre en mi vida. Le petit mal, un regalo de fin de año. No hay acto, no hay flor, ni tutú, ni zapatillas ahorcando mis tobillos. Se termina.

La vida continúa y la segunda de ese grupo de niñas esplendorosas me reemplaza, pero no tiene mi cuello de cisne que ahora reposa en la almohada de mis terrores nocturnos, aunque aún es de día.

Yo lo amo, igual que todas las niñas del barrio, pero yo lo amo más. Lo confirma mi diario de vida y es testigo de todo lo que deposito en sus páginas blancas llenas de esperanza.

Él anda en una moto cross amarilla y su tubo de escape suena en toda la cuadra.

Tiene el pelo revuelto, los ojos de almendra y una sonrisa cómplice con cada una de nosotras; tiene todo lo que sueño.

Veinte años después muere en otro país. El primer amor no muere, me rehúso. Él está vivo y corre a una velocidad única por el pasaje de mi infancia, sobre la moto amarilla del tubo de escape ensordecedor.

En la habitación de la casa de al lado nos escondemos con una vehemencia que solo se entiende en los primeros años de los despertares en lo prohibido.

Todos muestran sus partes íntimas; yo también, la que más, orgullosa de que siempre puedo ir más lejos para ser aceptada, para ser amada.

Es un momento mágico: desnudos, desconocidos, conocidos por las circunstancias, tal cual somos, en la seriedad de lo más privado y lo más protegido por nuestros tutores. Lo impensable, lo inimaginable, eso que sabe a dulzura. Ahí, solos, descubriendo lo que en los libros escolares se muestra como algo natural y científico. Estamos poniendo en práctica lo aprendido, lo que tanto trabajo le cuesta a los mayores imprimir en nuestra mente. Somos lo mejor, se cumple la profecía; así, como reales alumnos bien aplicados, nos entregamos al azar de nuestros deseos más profundos de soledad y desamparo.

Se abre la puerta de golpe, la madre del dueño de casa, un grito, un reto, la severidad, el escándalo. Somos malos, muy malos.



La llamo, no contesta, toco a su puerta, nada, silencio. Solo quiero avisarle que voy adonde mi prima, siempre me pide que le avise cuando salgo; entonces no entiendo. Mi prima espera al otro lado, en mi pieza. Pregunta, me apura, queremos salir ya, rápido, pero no tengo respuesta. Es extraño, ella nunca cierra su puerta con llave, le pasa algo, está desmayada, no lo sé. Dudo, vuelvo a tocar, nada, el mismo silencio eterno, qué hago, ¿aviso?, ¿insisto? No, pero sé que algo está fuera de lugar, el espacio normal y común de la madre en su habitación, leyendo, escuchando radio, escribiendo en su cuaderno, ordenando la ropa escolar de la hija, buscando un remedio en la cajita del velador o hablando por teléfono con una amiga. Nada de eso está ocurriendo, nada de lo habitual que sé distinguir aun con los ojos cerrados. Mi madre no está pero sí está, en silencio, escondida, en secreto, acurrucada, en algo nuevo que no existe en mi registro mental ni emocional. Mi mamá algo hace y yo no estoy incluida.

Doy la vuelta por la terraza, sigilosa, apenas perceptible; mi cuerpo ligero se planta en el marco de la puerta del patio que da a su dormitorio. Me asomo, doblado mi tronco, sin respirar, sin ser descubierta, inclino mi cuello y mis ojos caen de lleno en un beso apasionado. Es a mi mamá a quien besa sin descanso y con descaro el visitante de esa tarde; un amigo de la casa, un antiguo amigo de confianza, de esos que siempre vienen a tomar el té, a conversar, nada más, a preguntar cómo se encuentra la familia, cómo va la niña en el colegio, qué tal la salud, ese que es invisible para las dobles

jugadas, ese inocuo y afable, el educado de siempre, el correcto. Es él quien besa apasionadamente a mi mamá en la boca y ella responde, acepta, disfruta.

Retrocedo. Estoy espantada. No puedo pensar rápido, ¿cuál es la solución? Como una Juana de Arco sobre mi corcel, no sé qué corresponde hacer, nada, nada que hacer, ya está hecho.

Mi prima aparece, ignorante de la escena recién robada a la intimidad del mundo de mi madre, que también es humana, humana de pies a cabeza. Ella no entiende, la aparto bruscamente; nada, le digo, vamos a tu casa, pero insiste, qué pasa, nada, repito con voz trémula pero firme, nada, vamos a tu casa, y partimos en silencio.

Lo odio, además está casado. Cómo no lo imaginé antes.

Viene una vez a la semana pero yo lo saludo con desprecio, y como si fuera evidente, resuelven en sus cabezas y corazones que yo estoy celosa. No, no lo estoy, es espanto, es el mundo que se derrumba, el de la mamá con su hija, su niña de los ojos azules, su dulzura primera, su pedacito de cielo.

Es eso, no son celos, es que todo se termina.

Éramos dos en un solo respiro, éramos la sangre en las venas, la mirada que se diluye, la voz entrelazada que se funde, una sola, ella y yo, desde la germinación hasta ahora, con todos los intermedios merecidos del crecimiento a su alero, bajo su sombra, en sus brazos, entre sus sábanas; mi cuerpo primerizo, mis huesos estirándose, sus manos sujetando, todo eso éramos, en un solo vaivén indefinido y sustentable, y en un momento ella ya no es mi más cálida madriguera y se transforma en una humana llena de necesidades. Qué asco.

Y entonces debo continuar sola, crecer, buscar quién sabe dónde y cómo, desconocido él, que me cobije y me dé lo que por derecho había logrado sin mover un dedo.

Todas las tardes, cada tres días, asoma su presencia por la casa. Yo abro. Sonrisa dibujada con cincel. Pero al poco tiempo crece en mí una compasión de esas insostenibles. La visión de alguien tan amado, mi mamá, sola ella, solita, sola, ha encontrado quizás compañía.

Y quién soy yo, además de su hija única y primera; no tengo derecho.

Suena el timbre los mismos días de siempre. Él entra. Los hombros avergonzados con afable y sumisa cortesía, con culpable respeto. Entonces espero: diez, quince, veinte minutos y camino por el pasillo mientras calculo el tiempo prudente antes de volver a golpear, esta vez suavemente su puerta.

Ofrezco una taza de té caliente y unos panecillos con mantequilla, para alivianar el escondite tan obvio como mísero. Voy tranquila a la cocina. Preparo todo y lo llevo con dedicación en una bandeja a su habitación, abierta para mí en toda su amplitud. Aceptan encantados los manjares de tan amable hija y sorben con agrado los líquidos calientes en las tazas de loza fina que escojo con cuidado, para que mi dulce madre y su caballero amado pasen de la clandestinidad a una tarde feliz.

Me meto en la cama con mi mamá, ella siempre me acepta; está escribiendo en un cuaderno, con la postura curvada, concentrada. Yo me muevo inquieta, me arremolino de lado contra sus caderas, ella no se queja. Pronto me quedo acostada y observo su cuerpo. Como no me hace caso, le doy unos golpecitos en la espalda para llamar su atención y nada. Golpeo un poco más fuerte, es un juego, pero juego sola.

Insisto, dos golpecitos más, y entonces, sorpresivamente, mi mamá estalla en un llanto de pena, se toma la cara con ambas manos. Yo no me muevo, ni siquiera respiro, ella solloza y mi mano que antes jugueteaba, ahora callada, acaricia suavemente de arriba a abajo con un ritmo de consuelo.

Está oscureciendo en el balcón de madera húmeda que enfrenta el mar. Es un riesgo, la brisa salina de todos los días siempre debilita su estructura. Aun así, nos sentamos sobre dos cojines de playa. Estamos solas, los demás están juntos repartidos por toda la casa.

Cuéntame un cuento, mamá, y comienza, había una vez... pero sus ojos se pierden en el horizonte. Ya pues, cuéntame, entonces la niña..., y vuelve a escaparse su mirada, parece que el sol derretido la atrapa en un sinfín de espacios de vida, como un resumen rápido y concentrado, un recuerdo lejano y desastroso.

Yo quiero mi cuento, estoy impaciente, pero descubro el perfil de sus pupilas que ahora botan agua de sal. Mi cuento puede esperar.

Está aterrada. Piensa, no duerme, debe urdir un plan seguro, envuelto en protección futura y amor incondicional para su desaparición.

El diagnóstico médico es malo. Queda poco tiempo, aunque nunca se sabe.

La decisión que ha tomado no agrada a mis abuelos. Ellos son los más cercanos, los que me conocen y me ven crecer cada mañana.

Pero ella va más lejos en su cuidado; sus padres son mayores, en cambio mis tíos, los del país temporal extranjero, son un núcleo bien conformado y mis primos van a jugar el papel de hermanos cada día.

Eso está calculando mi mamá con un dolor en el alma que no se le despega.

Yo ignoro todo.

Una noche me avisa, como si nada, con voz de sin importancia, que una cirugía menor, un procedimiento, algo pasajero y que ya vuelvo.

Yo la acompaño la tarde acordada al hospital y dejo su maleta cerca de la puerta; mi tía me dice, ya, vámonos rápido para alcanzar a comer con los demás. Así que tranquila me despido, como otro día cualquiera.

Lo que tiene la niñez es sorprendente, se puede crecer entre el terror inconsciente y las risas de luz, sin sospechar que algo espantoso está ocurriendo.

Un año entero, y todos sus días que dibuja el calendario, estoy de visita fija en esa casa que no es mía, pero que parece puede serlo algún día.

Increíblemente, poco a poco, ella se recupera bajo el techo de sus padres y aunque casi no la veo, hablamos siempre por teléfono y su voz firme y maravillosa me cuenta cosas que me sujetan. Al cabo del largo tiempo, vuelvo a mi madre y nada ha pasado. Yo acepto y me entrego a lo que ella decida.



En el jardín es primavera. Mi abuela me aparta y me lleva bajo la sombra del damasco de siempre. Me explica que no puedo irme con mi marido y mi hija a vivir a otro continente, que no puedo abandonar a mi mamá.

Yo no la entiendo, lo considero exagerado, entonces lo suelta: muchos años atrás... y la historia se le arrastra en la boca.

Mi mamá, la enfermedad, el miedo, la muerte oculta, el abandono y lo vivido.

La escucho sin mirar su angustia, cree que el dolor de mi madre volverá con mi ausencia anunciada. La dejo sola con su discurso de súplica, me levanto indignada, espantada.

Corro a la pieza de mi madre y le exijo que me explique. Pero ya son casi dos décadas las pasadas. Tengo un brote de adrenalina acumulado que se despliega por todo mi cuerpo y me aterro con tanto retraso que no puedo respirar, dura un momento, ahora comprendo.

Mi mamá me observa, escudriña mis movimientos, pide perdón en silencio.

La abrazo.

El viaje no se suspende.

La niñez es eso, la voz primera, la piel que se estira, los ojos de dulce mirada y, en mi pequeño recuerdo, la niña que un día fui y que se quedó bailando en medio de la sala más grande.

Título original: *Estampas de niña*

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Camila Couve Carrasco

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-384-064-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.megustaleer.cl](http://www.megustaleer.cl)

ALEAGUARA  


# Camila Couve

## Estampas de niña



Narrativa Hispánica